

GERARDO FERNÁNDEZ FE
La falacia

bokeh ✱

Primera edición, 1999 (La Habana: Unión)
Primera edición en Bokeh, 2012 (Antwerpen: Bokeh)
Segunda edición en Bokeh, 2015 (Leiden: Bokeh)

© Gerardo Fernández Fe, 1999
© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2012
© Bokeh 2012, 2015

ISBN: 978-94-91515-10-1

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ÍNDICE

I. La traición	11
II. Olor	27
III. Carcoma.....	45
IV. Las larvas.....	57
V. Lapo del lupo	73
VI. La muerte inmensa	91

para Ernesto Santana

Nous ne sommes que cérémonie.

Montaigne

I. La traición

Los túneles son zonas de indistinción: fusionan dos regiones diferentes. Al menos así ocurre en La Habana. La idea de los subterráneos me ha parecido siempre imponente. De niño, cerraba los ojos cada vez que cruzaba el túnel de la bahía en el auto de mi padre. Lo oscuro me transportaba a un círculo misterioso de la existencia que yo evitaba, al lado raro de mi cuerpo o a la palabra prohibida. Pasar de un municipio a otro a través de un tubo excesivamente oscuro —aunque tuviera luces— implicaba una pérdida, o como el espacio donde el río alcanza al mar y las aguas se revuelven. Le han llamado delta, estuario, desembocadura, boca... —palabra jugosa—, pero no corresponde sino al margen vacío entre dos aguas sin nombre. Hay una inidentidad entre una región y la otra: ya no se recorre la amplitud de la Avenida del Puerto. Tampoco se ha alcanzado la demarcación Este de la ciudad. Se transita. Y ambas municipalidades pierden cada una su denominación. Ese tránsito, esa pérdida, además de lo oscuro, antes me acercaron al miedo. Hoy me aproximan a la muerte.

Entro al túnel en el auto de mi padre. Sobre mí circulan las aguas de los muelles: negras, malolientes. En el flanco derecho del puerto, justamente asidos al dique, flotan con su propia cadencia los botes de madera de algunos

pescadores. Imagen común, silente, que me acerca a las palabras, a cierto gusto por los sonidos, quizás a partir de uno real, el de las olas escasas que baten contra el muro.

Cuando niño venía a pescar con mi padre. En realidad eran pocas las posibilidades de captura, pero siempre fue un instante grandioso. Él ignoraba la resonancia de nuestros paseos. A menudo dejábamos a un lado los avíos y correteábamos por la acera. Allí descubrí la primera estampa de los botes: minúsculos, descoloridos, destruidos por el tiempo y el salitre.

No sobrepasaba los cuatro años. No leía. Malamente dominaba caracteres del alfabeto. Pero entre la vaguedad de los recuerdos aparecen ahora los nombres de mujer sobre los maderos de cada embarcación, leídos uno a uno por mi acompañante. Consideraba curioso que, aunque los barcos grandes portaran como títulos en su proa algún río célebre, cierto héroe o conquista de la nación, a alguien en mi familia se le ocurriera un día bautizar al auto de mi padre con un nombre cualquiera, como si se tratara de un recién nacido. Luego, al explicarme que el pescador grababa el nombre de su esposa, madre o hija, para llevarla consigo en la soledad de altamar, anhelé los botes. Ahora me pregunto si eran ellos el objeto real de mi deseo infantil o lo que encarnaba cada palabra, el cuerpo al fin.

Llegué a desear a la mujer del hombre de mar sólo a partir de la sonoridad de unas pocas vocales. En algún momento exigí a mi padre que se convirtiera en el pescador total, el héroe de mis historias ocultas, de mis fabulaciones.

En aquellos años no lograba figurarme por escrito la amplitud de cada título. Al dibujar un bote, sus remos, su hombre encima, colocaba la grafía en mayúscula del inicio de un nombre cualquiera. Así, después de caminar en la mañana por el puerto, al llegar a casa dibujaba botes y botes en hojas de papel, muchos, diferentes, también en el interior de las solapas de los libros, sobre el mantel de la mesa, en el blanco de todas las paredes. Cada una de aquellas embarcaciones –que creía me pertenecían–, llevaba una letra: E, S o F cualquiera, la que lograra recordar, sobre los tablones oscuros de la proa.

Con el tiempo conseguí descifrar del todo cada palabra, pero me quedó la costumbre de evocar a las mujeres por su primera letra. Cuando entre amigos hojeábamos con avidez algunas revistas eróticas que logré adquirir a pesar de las prohibiciones, solía dramatizar escenas, para lo que tatuaba una letra sobre cada una de aquellas mujeres a fin de distinguirlas. Los compañeros de aula nunca entendieron mis juegos.

Luego llegaron las mujeres verdaderas. Para evitar confusiones al dirigirme a ellas, acudí a aquel juego de la infancia: S, de hermosos senos; L, que aspiraba a hacer de mí un hombre íntegro; H, de manos dulces, con la que vivo aún.

Después apareció M. En la noche. No recuerdo la fecha del encuentro, sólo pocos detalles, en un lugar bastante sórdido, lejos del centro alguna vez radiante de la ciudad. Lo oscuro, la aridez de algunas luces, lo grotesco de las sombras, todavía me desconciertan. Sólo me queda la noche como recuerdo, que es todo lo que tengo.

Lo oscuro hoy también me atrae, igual que me cautivaron las sombras de su sexo: túnel callado, sus olores, sus pequeños humores. Es curioso cómo al sexo de mujer lo han llamado *el pozo*. Quizás por las emanaciones que se recorren en su interior o por lo difícil de escurrirse escalando sobre sus piedras mojadas, cubiertas por el musgo. Se han aglomerado todas las imágenes alrededor de la oscuridad, del túnel sensual, del verdadero, de la noche.

Nunca más cercano a la muerte que ahora. Han corrido más de veinticinco años desde mi nacimiento y mi familia nunca se ha visto estremecida por un suceso de tal magnitud. Mi abuela acostumbraba a pelearme cuando, desde mi sitio en el sofá, mecía con el pie el balance del sillón: atraía la muerte. Jamás creí en el sillón que crujía. Una vez aseguré a H que yo moriría joven, aunque no precisamente como ahora lo hago. Su mano recorrió mi rostro, temblorosa. Hoy la palabra suicidio me sobrecoge. Lleva un juicio doloroso, de frustración o de locura que nunca he albergado. He decidido *girar el timón*, salirme del camino recto por el que siempre fui conducido. Por desconsuelo, pero también por placer, para retener la memoria, lo que me queda del disfrute. Literalmente también he resuelto desviar con violencia el sentido del auto, jugar a percibir el golpe que tanto evité de niño. Correr. Subir al árbol. Dejarme caer.

Para mi familia, después del dolor que esto implique, no será verosímil la muerte premeditada. Por el resto de sus vidas pensarán en un accidente, un neumático reventado, una falla en la dirección. El suicidio devendrá palabra vedada, como otras tantas. Expresiones tan irracionales permanecen por siempre excluidas del léxico familiar. Algunos de mis más apasionados parientes juz-

garán que he muerto cumpliendo un deber. Partida digna. Hasta heroica.

De un ser común, mediocre, la historia crea un mártir. Una noche de octubre, afrontando las inclemencias de un ciclón, un hombre cualquiera de aliento pesado vulnera los límites de un campo oficial para evadir el desvío y ganar tiempo en el camino de regreso a casa. De golpe, un árbol se desploma abatido por un rayo. También el cuerpo del hombre. Al día siguiente las autoridades de la zona no se percatan siquiera de que el occiso había traspasado la frontera de la legalidad, sino descubren que el ya entonces invencible cadáver impidió la irrupción del árbol contra un objetivo importante. Como conviene al caso, la prensa vivifica al mártir. O mejor, al nuevo héroe vivo en la memoria colectiva.

La noción del martirologio, a pesar de haber convivido tanto con ella, ahora me aterroriza. No obstante, me gusta este juego de la ambigüedad, de la duda: por una parte, la versión oficial de mi fallecimiento, por la otra, la realidad. Sólo yo conocería los detalles del suceso —también sus causas—, pero para entonces ya me hallaría destrozado entre los hierros. M descartaría la idea del accidente, mucho más el hecho de verme mártir. Pero M está lejos. No tiene por qué saberlo. Ella ha extirpado de sí la expresión de la pena. Por eso es mejor que desconozca. Entre su no-dolor y el inmenso de mi familia se encuentra mi decisión.

Recuerdo a Diego, un demente que vivía cerca de casa. Decía haber muerto, narraba las reminiscencias del viaje infernal y su regreso al mundo de los vivos. Al final, tras su mirada vacía, ratificaba: *...pero morir no dolía.*

Diego, se decía, había *muerto* de tanto leer. Llevaba periódicos viejos, cruces de madera a la cintura. Nunca precisé si eran cruces o espadas: otro divertimento de la ambigüedad. Su *muerte* resultaba honorable. La mía no lo será. Precisamente mi familia se opondrá a la posibilidad del suicidio por su inmensa relación con la cobardía, con la traición.

Hace ya mucho tiempo que la palabra *traición* se convirtió en mi acompañante. Un día en mi infancia descubrí tachados algunos nombres de amigos de la casa en la libreta de teléfonos. Al lado de cada enmienda la palabra *traidor*. Nunca más los oí mencionar.

Luego la infidelidad: primero un impulso, más tarde un vicio. Lo asumí al fin como algo perenne, incurable. Más bien me sentí un poseso. Traiciones breves, con cuerpos que parecían disfrutar.

En altamar, los pescadores suelen arrojar panes al agua para atraer a los peces: panes para alimentar, también para el sacrificio. ¿No será acaso un modo de engaño placentero, artificio que conduce a la muerte del animal?

La primera vez que reflexioné sobre mis infidelidades detesté enormemente a los pescadores que varaban sus botes a la entrada de la bahía y que de niño solía admirar. Cada una de mis traiciones era un pez sacado de su medio. De pez a pescado: he ahí el cambio, también en las palabras. Llegué a la certidumbre de que con cada una perdía un fragmento de mí: mutación al fin. Pero decidí asimilarlo.

Al final, tras M, comprendí que me conduciría, o mejor, seguiría por mi mismo hasta la muerte total, con su ardor.